

EL MES pasado, aprovechando la presencia en Cuba del ilustre visitante, el Teatro Nacional inició sus labores escénicas presentando una versión local de "La Ramera Respetuosa". Esa misma noche, entusiasmado, Fidel Castro dijo que había descubierto un arma para la Revolución, a lo que Sartre respondió: "Está en sus manos". Confundido entre el público como un espectador más, el Primer Ministro no vaciló en divulgar sus primeras impresiones al final de la pieza, que según él debiera ser vista "por todo el pueblo". Añadió que el problema racial allí planteado tiene tanta o mayor importancia, por su poder de transmisión, que cualquiera de los discursos que él pudiera hacer al respecto. Después, refiriéndose al teatro como vehículo de acercamiento y arma de combate, recaló su enorme trascendencia, significando que un instrumento tan eficaz debiera ser utilizado en la más vasta escala. Consultado por los periodistas, Sartre dijo que la escenificación de la pieza era "satisfactoria". Luego tuvo frases de elogio para la actriz Mirian Acevedo.

LA OBRA

Lizzie viaja de Nueva York a una ciudad del Sur. Al llegar matan en su presencia a un hombre cuyo único delito consiste en tener la piel oscura. Esa misma noche la visita Fred, primo del matador, que persigue dos propósitos: satisfacer un poco su curiosidad malsana y coaccionar la voluntad de Lizzie para que acuse al hombre negro de haber intentado violarla. Ella, ignorante de la conjura, intima con el visitante. Es noche cálida en el corazón de una ciudad nueva.

Al día siguiente Fred le habla de su primo y pide a Lizzie cooperación. Ella se niega. Rehuye las complicaciones y prefiere que no la llamen a declarar, pero si tiene que hacerlo, dirá la verdad: el hombre blanco mató; el hombre de piel oscura es inocente. Fred se enfurece, pero es inútil. La mujer está indignada. No cederá ante el soborno ni ante las amenazas. En ese momento aparecen dos policías. Son instrumentos amañados de la mentira. La prostitución es un delito que se castiga. Lizzie irá a la cárcel si no firma un papel que le presenten. Y bien, ella se rebela, no firmará.

Cuando los policías y Fred dan muestras de mayor violencia, entra en escena el Senador, tío del asesino. Es un hombre sensible que simpatiza con ella. Luego, a punto de irse con los otros, nombra a Mary. ¡Un momento! El senador regresa y envuelve a Lizzie en los cantos de sirena de su demagogia. Al final, aturdida y no muy segura de sí misma, Lizzie firma. ¡El hombre blanco está a salvo! En cuanto al otro, de todos modos una jauría humana lo busca para lincharlo. Lizzie termina en brazos de Fred, a quien detesta sin mucha convicción, porque es rico y representa para ella la seguridad. Hasta aquí la obra, de una manera sucinta. ¿Cuáles son sus virtudes y defectos?

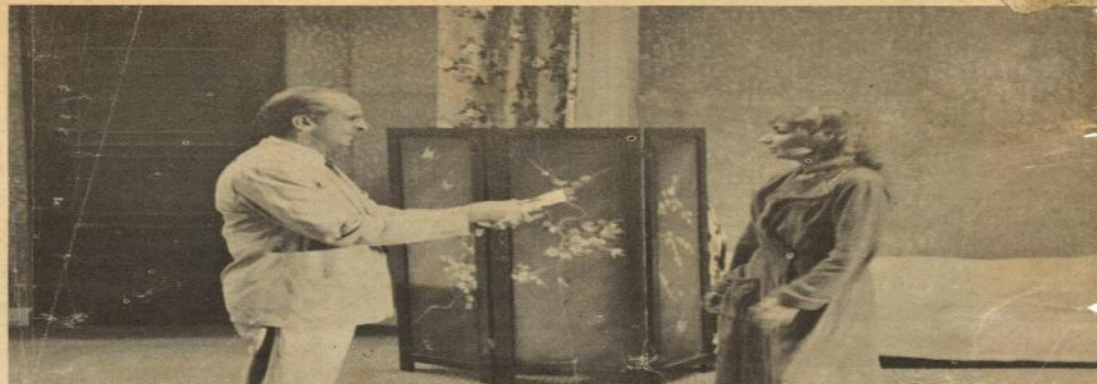
EL JUICIO

Sartre ha querido hacer una crítica social. La crítica existe. Se denuncia un sistema político basado en el chantaje y la explotación, se denuncia un sistema de vida que tolera y estimula la discriminación racial. Los peligros de la democracia, señalados por Tocqueville hace 110 años, son expuestos en toda su crudeza: el discurso demagógico toma cuerpo y se adueña de las instituciones y sus representantes. Bien. ¿Por qué Lizzie se deja convencer? ¿Porque el sistema social en que vive y su condición de ramera la fuerzan a ello? Esa era la opinión de Sartre, pero el mismo autor confesó dudarlo, recientemente, ante un grupo de intelectuales cubanos: algo falla, hay un cierto divorcio entre el contenido de la pieza y su intención. Por eso es que la obra termina mal y por ese motivo es que su final, dice Sartre, "no gusta". Pero ¿dónde está el fallo? ¿dónde comienza? Justamente allí, cuando el senador se dispone a retirarse y menciona a su hermana Mary.

—¿Quién es Mary?

—¿Mary? Es mi hermana, la madre del infortunado Thomas (el primo). Una pobre y querida vieja que morirá de disgusto. Adiós, hija mía.

Y luego comienza la araña a tejer su tela. Cuando el senador enfrenta a Lizzie con "la nación americana", la infeliz mujer está perdida, es demasiado para ella. ¿Y por qué? Simplemente por un "imperativo psicológico" de pie forzado, traído por los cabellos para amarrar la situación. Si Lizzie no pregunta por Mary allí termina el conflicto. Tendría que seguir la violencia y la reacción más violenta aún. Pero desde el momento que lo hace el conflicto se desmorona por sí mismo. ¿Y por qué Lizzie habría de preguntar por Mary? Sencillamente porque el autor lo quiere así y le impone su criterio. Por tanto no es Lizzie quien opta libremente y toma su camino, sino Sartre quien le adjudica el que ya se ha trazado previamente. Típico desliz dramático. Nos parece endeble una solución que se basa en la supuesta debilidad sentimental del personaje, debilidad ficticia y a la que se aferra el autor más adelante, para darle vigencia a su arbitrariedad. Sartre quiere que Lizzie "elijá"



LIZZIE SE ENFRENTA AL SENADOR NORTEAMERICANO, QUIEN PRETENDE COMPRAR SU SILENCIO Y SU COMPLICIDAD. INTERPRETA MANUEL PEREIRO.



LA RAMERA LIZZIE, ENAMORADA DEL JOVEN HIJO DEL SENADOR, COMPRENDE QUE SUS SUESOS SE ESTRELLAN CONTRA LA REALIDAD NORTEAMERICANA. INTERPRETA PEDRO ALVAREZ.



UN NEGRO QUE HUYE DE LA POLICIA Y DE LAS MULTITUDES QUE PRETENDEN LINCHARLO, BUSCA PROTECCION EN EL CUARTO DE LIZZIE. INTERPRETA WEMBER BROS.



MIRIAM ACEVEDO, EN COMPANIA DE SIMONE DE BEAUVOIR Y JEAN PAUL SARTRE, ESTE ULTIMO AUTOR DEL DRAMA "LA RAMERA RESPETUOSA".

MIRIAM ACEVEDO, LA ACTRIZ CUBANA, LUCE SU FIGURA Y SU GRACIA EN UN TIPICO BALCON HABANERO.

—aunque para su elección deba ser llevada a engaño. ¿Es que no ha elegido ella de antemano, rechazando un soborno de 500 dólares? ¿No ha elegido rescatarse un poco de su dignidad atropellada? ¿No ha elegido recuperarse algo del insulto y del engaño? ¡El negro! Bien poco le importará a ella, después, la suerte que corra, pero no en este momento en que se trata de su propia suerte, de su propia existencia, de su propia dignidad, de su propia condición de mujer mil veces humillada y rebajada, para que un simple artículo sentimental completamente ajeno al asunto y a la situación la lleve a torcer su camino, que debe ser el de la rebeldía.

En realidad Sartre se debate aquí en los rincones inexorables de su filosofía y cae envuelto en sus propias redes. El pesimismo no consiste en que la obra "termine mal", puesto que termina bien de acuerdo con la obra tal como está construida, pero deja en la boca un sabor amargo, poco estimulante. ¿Para qué luchar? ¿Por qué luchar? ¿qué somos? ¿simples juguetes o dueños de nuestros destinos?

Esto es lo que muchos no vieron en la obra, velados por el entusiasmo inicial. Allí estaba "el conflicto", "la denuncia" —¡y qué denuncia y qué conflicto!— Todo ello, a juicio nuestro, para Sartre no fue otra cosa que un pretexto. Lo que permea en la "Ramera", lo que fluye de sus poros y deja a su paso huellas claras, es el desaliento, una molesta sensación de fatiga. De todos modos la pieza tiene vigor, se exponen ciertas lacras, hay un índice acusador. Vamos a detenernos en esa denuncia. ¿Qué se infiere de la misma? Que hay un régimen de oprobio donde se pretende que todo es oro, simplemente porque reluce. ¡Pero de relumbrones estamos fatigados! Queremos un poco de luz, de aire puro; queremos trabajar en paz, y producir. Para conseguir esto, no podremos doblegarnos a la filosofía conformista de "La Ramera Respetuosa": ¡hay que luchar! Hay que aferrarse a la fórmula de "Libertad o Muerte", por muy poderosos que sean los enemigos. No nos dejaremos engañar por cantos de sirena, ni doblaremos la cerviz ante presiones extrañas. ¡Los senadores charlatanes no medrarán entre nosotros! Eso, desde luego, con todo respeto. Respetuosa y firmemente.

LA ACTUACION

Muy buena. Miriam Acevedo da a su personaje una sensibilidad que hace todavía más patética la coerción que se ejerce sobre ella. Es una interpretación feliz. En su papel de Fred, Pedro Alvarez logra todos los matices que esperamos de ese hombre del sur, lleno de vanidad y lujuria, y Manuel Pereiro nos ofrece un senador digno, mentiroso y rastrero. También el actor negro, caracterizado por Wember Bros, llega al espectador: es un hombre derrotado previamente por un fatalismo ético, económico y social. En cuanto a la dirección de Francisco Morin, diríamos que es inteligente y seca, como es inteligente y seco el pensamiento de Sartre. Algunos detalles naturalistas nos parecieron superfluos, pero el conjunto es inobjetable: la "Ramera" desgarrada, desnuda, destruye. ¿No era eso lo que buscaba su autor? Allí todo es situación, pero en el mundo hay algo más que situaciones: hay resultados. Y no todos los resultados están sujetos a la barbarie, a la intolerancia, al capitalismo social, ni el único camino es la desesperanza, sino todo lo contrario: ¡la esperanza es el camino verdadero!

